

ROENLARED
REAH

Más
guerreras
menos
princesas

FLISFLISHER
YAZAREDLIGHTS
LA PELO

mī

Más
guerreras
menos
princesas

ROENLARED

REAH

FLISFLISHER

YAIZA REDLIGHTS

LA PELO

m̄

© RoEnLaRed, 2020
© Reah, 2020
© Flisflisher, 2020
© YaizaRedLights, 2020
© La Pelo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Diseño de interiores: María Pitironte

Primera edición: marzo de 2020
ISBN: 978-84-270-4690-0
Depósito legal: B. 2.638-2020
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

- 1 *Mi relación más tóxica,*
por **ROENLARED, 9**
- 2 *Diario de una estrella,*
por **REAH, 43**
- 3 *Halcón de alas plateadas,*
por **FLISFLISHER, 85**
- 4 *Amor que no es amor,*
por **YAIZA REDLIGHTS, 131**
- 5 *La mejor maga del mundo,*
por **LA PELO, 181**





Mi
relación
más
tóxica

por ROENLARED



Mi relación más tóxica comenzó el día en el que me olvidé de mí. No sabría a quién culpar, si a la sociedad por enseñarme que primero piense en los demás y luego en mí, o a mi madre por repetirme: «Eres una señorita y deberías comportarte como tal». ¿No os han dicho nunca lo de...?

«¿No te das cuenta de que en cualquier momento alguien puede estar mirándote?».

«Debes estar perfecta porque nunca se sabe cuándo te va a pasar algo y te van a llevar al médico, y deberías llevar unas bragas decentes».

Aunque, claro, si culpo a mi madre, podría culpar a mi abuela, y si culpo a mi abuela, debería culpar a la madre de mi abuela, por lo que también culparía a la madre de la madre de mi abuela y así un largo etcétera. O quizás podría culpar a la *bully* del colegio cuando me decía que para gustar a los demás tenía que adelgazar. O, puestos a culpar, a la revista que me describía las medidas exactas a las que llegar para entrar en el grupo guay que llaman «canon de belleza» también podría tener algo de responsabilidad. *Culpar.*

MI RELACIÓN MÁS TÓXICA COMENZÓ EN EL
MOMENTO EN EL QUE DEJÉ DE QUERERME. DEJÉ
DE ESCUCHARME Y DEJÉ DE CREER EN MÍ.



No sabría decirte cuándo fue exactamente, pero me gustaría contarte cómo llegué hasta ahí y, lo que quizás más te sirva a ti, cómo salí. No pretendo venderte una solución ni una forma de sobrellevar tu situación, sea la que sea, pero si puedo ayudar de alguna manera a apagar esos demonios que sigues teniendo en la cabeza a través de mi experiencia, este relato habrá cumplido su función.



LOS INSULTOS

Comencé el curso de tercero de Primaria a mitad de año, eso complicó un poco las cosas porque todos los niños y niñas del colegio tenían ya su grupo de amigos hecho. Mi madre había encontrado un nuevo trabajo cerca de casa y, aunque fuese mitad de año, preferían cambiarme de colegio en ese momento porque no les salía a cuenta llevarme hasta el centro de Madrid todos los días habiendo colegios públicos a diez minutos de casa. Me daba pánico ser la nueva, yo no quería cambiarme por nada del mundo, o al menos a mitad de año, pero no tenía otra opción. Nunca tuve un cuerpo delgado, era más bien ancha y bajita, y con unos pechos que superaban a cualquier chica, incluso a las del último curso del colegio, sexto de Primaria. Jessica, la *bully* de clase, decidió que yo era su enemiga desde el primer día que entré en la clase. Bueno, más bien deci-





dió que todas las chicas éramos sus enemigas y la culpa de que el chico más guapo de clase no estuviese por ella era nuestra, claro.

Los insultos no tardaron en llegar: «¡Gorda!», «¿Es normal que con ocho años tengas esas tetas?», «¡Bruja! ¡Menudo grano tienes en la cara!», «¡Dumbo!». Cada defecto que tenía, y por el que mi madre me había hecho pensar que me hacía especial, me lo recordaban cada vez que tenían oportunidad, como si de algo malo se tratase. De mi abuela heredé una verruga bastante grande en la nariz y mi madre siempre me decía que era un lunar muy bonito y que era mi seña de identidad, pero para la clase era una verruga típica de bruja. Mis orejas siempre han sido bastante grandes y mientras mi madre me decía lo bien que me quedaban las coletas, los chicos de clase gritaban «¡Dumbo!» al pasar. Dejé de llevar coleta por evitar los insultos. Tardaron poco en empezar a meterse con mi tripa y lo que se consideraba por aquel entonces «mis kilos de más». Recuerdo que un día estaba contando a mis amigas por qué mis padres me llamaban «miguitas» cuando era pequeña (básicamente porque me gustaba comerme las migas que se caían al suelo). Yo pensaba que era una historia divertida hasta que Jessica dijo: «Ah, o sea, que eras una GORDA desde pequeña». Claro, si me comparabas al físico estándar del momento, que eran las Spice Girls, Britney Spears o Christina Aguilera, yo era un tonelete. Además, mis pechos se habían desarrollado de-



masiado pronto y, claro, mala suerte la mía que llamaban demasiado la atención. Las miradas y los insultos eran constantes. Yo intentaba esconderlos usando camisetas XL que disimularan un poco el tamaño y, además, así escondía también mis chichas. Mi madre quería que yo llevase sujetador, pero yo no quería llevar nada que nadie de clase llevase. La verdad, me sentía un bicho raro llevando un sujetador con solo ocho años, así que llevé tops deportivos hasta mis trece.

Solo tops, mamá

Leí en una revista, no recuerdo si era la *Super Pop* o la *Vale*, que los colores oscuros hacían más delgada, así que el negro y el azul marino se convirtieron en mis mejores amigos. Camiseta ancha, pantalón y pelo suelto, era mi #OFTD 😊

Quizás a ti no te ocurrió, pero mi etapa en el colegio era algo parecido a un infierno que a veces era más llevadero y otras era casi imposible de soportar. Un día Jessi-





ca y compañía decidieron que era un buen día para insultarme y hacerme un corro gritando lo grandes que eran mis tetas, no sé, parecía que debía sentirme mal por su tamaño, como si yo lo hubiese elegido. Al llegar la hora de volver a clase, estaba tan desesperada que entré en clase gritando al profesor delante de todos mis compañeros: «¡Profe, me están diciendo que mis tetas son como dos melones!»). Muchas veces me sorprende la claridad con la que recuerdo ciertos momentos, mientras que otras cosas ni siquiera recuerdo haberlas vivido. Emma Stone dice en *The Mind, Explained* que muchas veces los recuerdos no son exactamente como los recordamos por mucho que la foto que tengamos en nuestra cabeza sea clara y con todo tipo de detalles. No sé, yo creo seguir recordando incluso el momento en el que chillé, justo después del segundo recreo de la comida, con mi profesor Eulalio en mitad de clase. Ese día me llevaron al despacho del director, me preguntaron por los nombres de los que me habían insultado.

No dije ninguno.

Es curioso, pero tampoco olvido la tarjeta de cumpleaños que me regalaron «mis amigas» en la que había dibujada una muñeca con pelos de loca con dos tetas como dos globos. Al lado habían escrito: «Feliz cumpleaños, Aramis Fuster».

Fueron años acumulados donde los insultos eran parte de nuestro día a día. No solo a mí, mi compañera Nani



compartía conmigo el papel de «gordas» de clase, pero a ella la obligaban a dar vueltas alrededor del colegio para que adelgazara. Tenía que hacerlo cada día después de la comida mientras todo el colegio estaba en el patio jugando al fútbol o a los tazos. Yo la acompañé un día, no por voluntad propia, y todavía recuerdo lo humillante que fue. Imagino que no era capaz de darme cuenta de que mientras yo recibía insultos sobre mis kilos «de más», mi amiga Clara los recibía por la falta de ellos, o la chica que se sentaba al fondo de la clase los recibía por tener el pelo demasiado corto, o Estefanía por ser «demasiado alta». Todas y todos teníamos un defecto del que reírnos y creíamos que no afectaba machacar a esa persona por ello. Pero en mi mundo y en mi cabeza, todo el mundo me miraba cuando me levantaba, todos los coches que pasaban a mi lado me juzgaban o tenían una opinión de mí y todo giraba en torno a mí. Y eso me daba pánico. No me atrevía a ir al baño en mitad de clase, no me levantaba a dejar la bandeja de la comida hasta que no se hubiese levantado al menos la mayor parte de la clase y nunca, nunca, levantaba la mano para contestar un ejercicio en la pizarra. **Horror.**





LA REGLA

No sé si recuerdas cuándo te vino la regla. Normalmente te suele venir con trece o catorce años, cuando ya estás en el instituto. A mí me vino con diez años y seguía en Primaria. Mi querida amiga *bully* no era nada tonta, y sabía que yo ya tenía la regla porque estaba demasiado desarrollada y porque me había visto algún que otro paquete sospechoso de papel aluminio en la mochila. Por aquel entonces lo único que llevábamos eran compresas, y yo las envolvía en papel aluminio para que parecieran el bocata del medio día y nadie sospechara. Imagínate, otra cosa con la que llamar la atención en el colegio.

Genial.

Recuerdo que llegué a casa asustada cuando vi mis bragas manchadas de algo marrón y rojo. Avisé a mi madre en cuanto llegué a casa, ella no me creía: «Será caca», me dijo. Cuando vio que realmente se trataba de nuestra querida amiga la regla se encargó de llamar a toda la familia y no pararon de repetirme la frase «ya eres una mujer», con cierto tono de orgullo. Sin embargo, en el colegio no era algo de lo que estar orgullosa, es más, se trataba de un tema tabú del que no se hablaba y que se debía llevar en secreto. Más que nada por evitar que te gritaran en mitad del comedor: «¡Sangras por el chumino!», o alguna que otra frase con amor, haciéndonos sentir a todas las



chicas avergonzadas por sufrir algo tan normal como la menstruación. La sociedad, siempre tan amigable con nosotras. Mi pensamiento cada noche era: ¿por qué no podía parecerme algo más a la chica de las revistas, a la que todos los chicos de mi clase admiraban? ¿Por qué tengo tetas antes de tiempo? ¿Por qué me tiene que venir la regla antes que a nadie? ¿Por qué soy como soy?

**¿Por qué no
pude elegir mi
físico al nacer?**

Al desarrollar antes que nadie y tener la regla antes que nadie, el vello no tardó en sa-

lir. Mientras todas las chicas de clase disfrutaban de las aclamadas axilas limpias sin un solo pelo, yo era la única con vello en la vagina y en las axilas.

Genial.

Mi madre no quería que me depilara porque le daba pena que lo hiciera siendo tan pequeña, así que me dijo que tiñéndome los pelos de rubio no se notaría nada. Todavía recuerdo el día en la piscina cuando debí levantar el brazo sin querer y todas se rieron de mí porque ENCI-MA llevaba los pelos rubios. Esa misma noche me depilé las axilas e, incluso, los brazos con una cuchilla de afeitar, obviamente sin decirle nada a mi madre. Parecía que me tenía que sentir mal por tener pelo y no quería una razón más por la que ser el hazmerreír.





ANOREXIA

No fue hasta la ESO cuando decidí que la mejor manera de conseguir mi objetivo y, por lo tanto, acabar con cualquier comentario sobre mi cuerpo, ya fueran sobre mis chichas o sobre mis tetas grandes, era *vomitando*. Cualquier cosa que ingiriera la vomitaría y nunca nunca comería nada que fuese dulce o que me hiciese engordar. La verdad es que ni siquiera recuerdo de dónde saqué la idea, probablemente a través de conversaciones en clase o cosas que vería en las revistas o en la televisión. Dejé de desayunar haciendo creer a mi madre que me había despertado pronto y ya había tomado cereales y leche. Mentira. A la hora de comer tenía suerte porque mis padres trabajaban entre semana, así que tenía varias técnicas para hacer desaparecer la comida: esconderla entre la basura de casa, salir a la calle y tirarla a la papelera en frente de mi puerta, o, cuando ya comenzaron a sospechar en mi casa de que algo pasaba, iba directa al contenedor de la calle y tiraba todo lo que tenía que comer ese día. Todavía recuerdo el camino al contenedor de la urbanización. Mi cabeza sabía que hacía mal, que eso no era bueno, que solo me hacía daño. Pero quería hacerlo, tanto me importaba ser delgada que si eso era lo que había que hacer, lo haría. Llegaba al contenedor y tiraba la servilleta con lo que fuese que hubiese dejado mi madre hecho para comer ese día. Creo que lo único que comía era la cena, y solo porque mis pa-

dres estaban ya en casa, y, aun así, después de un rato iba al baño disimuladamente y la vomitaba. El espejo era mi mayor enemigo, aunque me miraba constantemente en él. Recuerdo mirar mi reflejo y pegarme. Me pegaba en la cara, me pegaba en los muslos porque eran muy anchos, me pegaba en la tripa mientras pedía a quien fuese que me escuchara que, por favor, desapareciera mi chicha porque me estaba haciendo la vida imposible.

Nunca me he considerado creyente, pero recuerdo incluso llegar a rezar al dios que fuese, que por favor cambiase mi aspecto y mi físico. Mi sueño ideal era despertarme pareciéndome a cualquier chica de las revistas y, por fin, ser feliz.

¿Has llegado a romper espejos porque detestabas lo que veías a través de ellos? Yo sí, aunque me avergüence reconocerlo. Fueron años de odio hacia mí misma en los que no recuerdo ni siquiera tomarme una foto, porque no era capaz de aceptar lo que iba a ver en ellas. Lo curioso es que durante la ESO fue la época en la que menos insultos recibía por parte de mis compañeros. Pero ya daba igual, se trataba de mi cabeza y de la exigencia a la que yo misma me estaba sometiendo. Ya no necesitaba que nadie me insultase, porque ya estaba yo para hacerlo. Nadie me exigía estar delgada, porque además cada vez lo estaba





más, pero nunca era suficiente. Aun siendo la chica más delgada de clase yo seguía viendo un monstruo cuando me miraba. Mis padres tardaron meses en darse cuenta de que algo pasaba. Lo primero que vieron fue que pasé a pesar cuarenta y cinco kilos en muy poco tiempo y la pérdida de peso era muy evidente. Además, había adoptado la rutina de ir al baño todos los días nada más después de cenar, y eso era raro.

Acabábamos de cenar, fui al baño de abajo, el de al lado de la escalera, como todas las noches. Abrí la taza del váter y me metí los dedos. Como siempre. Como cada noche. Cuando estaba a punto de acabar —tampoco había vomitado mucho, solo había cenado pescado con verduras— mi madre abrió la puerta de golpe. ¿Rocío?, ¿qué haces?, ¿estás vomitando? Yo no era capaz de articular palabra. ¿Desde cuándo llevas haciendo esto? Ya decíamos que habías adelgazado mucho (el tono de voz comenzaba a subir a la vez que a temblar). ¡Antonio! Ven, por favor. Mi padre vino. ¿Por qué haces eso, Rocío? Yo solo lloraba.

Lo siguiente que recuerdo es estar en mi habitación con la puerta entreabierta y ver a mi padre en su cuarto llorando. Llorando como un niño pequeño, mientras mi madre y él discutían de quién había sido la culpa y pensaban qué debían hacer.



A día de hoy me he perdonado. He perdonado que me olvidase de mí y que me centrara en suplir requisitos de personas a las que no importaba nada. Pero me odié durante mucho tiempo, me odié porque fue la primera vez que vi llorar a mi padre por mi culpa. Me odié porque tuve que dejar de hacer actividades para ir a un psicólogo por las tardes, me odié porque me obligaban a merendar donuts o cualquier cosa que tuviera azúcar que me hiciera ver que no había nada de malo en ello. Pero YO ESTABA COMIENDO AZÚCAR QUE ME HARÍA ENGORDAR. Me odié porque tenía un secreto que ni siquiera era capaz de revelar a mis amigas y tardé años en contar. Me odié porque me habían pillado y eso iba a hacer que fuese a engordar de nuevo, porque sabía que me iban a vigilar. Me odié porque no era capaz de dejar de vomitar y nunca fui capaz de dejar de hacerlo hasta que cumplí mis veinticinco años, y tenía doce. Me odié porque me hice daño en la garganta, hice daño a mi cuerpo, a mi mente, y me hice tanto daño que pensé que nunca volvería a ser la de siempre, que siempre sería anoréxica y que por mucho que pasaran los años ya había sentenciado mi vida. Me odié porque me había acostumbrado a vivir por y para ser aceptada, y así centré mi existencia en conseguir nada más y nada menos que *gustar*.

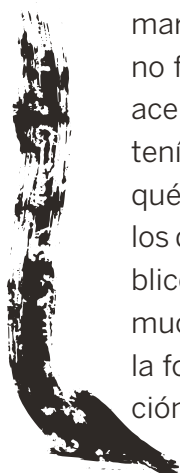


COMPLACER



El intentar gustar o complacer a todos los de alrededor se convirtió en la norma. Durante la *adolescencia*, si estaba en una discoteca y me tocaban el culo lo mejor era no montar pelea, que si no se liaba y, fíjate, qué marrón. Era mucho mejor quedarme callada y seguir como si nada que montar un lío en la discoteca.

**Parecíamos más culpables nosotras
que los que estaban sobrepasando
los límites personales de espacio.**



Quizás me culparían por haber elegido llevar mini-falda ese día, o porque enseñaba la tripa y, claro, estaba poniendo en bandeja que me tocaran, era culpable de llamar la atención. Si iba sola a casa debía tener cuidado, no fuese que a algún chico le gustase y tuviese ganas de acercarse a tocar o peor, quién sabe. Por lo que siempre tenía cuidado de no salir muy provocativa, porque a saber qué sentimientos animales podía causar en aquellos con los que me encontrase. Así que para usar el transporte público me aseguraba de que iba bien tapada para no llamar mucho la atención. Mi rutina entera se basaba en buscar la forma de encajar, de no destacar, de no llamar la atención para que así nadie se fijara en mis defectos,

aquellos que todos tenemos.